

Cosas del aire...



Un hospital conmovido... miraba al memorando negro, pintado sobre un fondo blanco, demasiado blanco.

Algunos dicen que Enzo solo era una muy tenue sombra. Una tenue sombra que seducía y que atravesaba el tiempo, mientras se inspiraba en las nostalgias que siempre duermen entre las paredes descamadas.

En el hospital siempre sorprende, que las cosas sean pasajeras y que pasen. Y que muchas, muchas, muchas, muchas veces, curen solas. Y también sorprende que las cosas que decimos ser eternas, duren tanto, tanto, tanto, tanto, tanto... y después, también pasen para siempre.

Enzo se encargaba de los tubos del oxígeno. Los llevaba desde aquí y para allá, con la maestría que solo dan los años y las ganas. Es que también él mismo se llevaba a las rastras, con una desesperación muy silenciosa, cuando su figura parecía brotar desde la nada misma en las mañanas. Aparecía con esa tristeza larga que te abrumba y con ese dolor, que se te mete en todos los costados. Es que en el hospital, cuando tomas la guardia, el miedo se disfraza de ganas de no hacer, mientras que el temor te rodea y el sentirte vulnerable, te abraza y te sonrío.

Enseguida se lo veía en el trotar por los pasillos, mientras que los tubos parecían transportarlo exilado al más allá. Paseaba su figura triste, surfeando en el mismo sonido cadencioso de sus propios pasos, estropeándole el descanso a las oxidadas enfermeras.

A veces lo veíamos fumando en su cuartito viejo, tan enfermo y oxidado como él. Lo veíamos hablando solo, como si pretendiese enviarle promesas al pasado. Un ramo de flores aplastadas, te explicaba y sin palabras, qué era eso de la naturaleza muerta, mientras que la vida le deambulaba su aventura, en su largo y complejo laberinto.

Cuartucho viejo en el que esperaba a los llamados telefónicos, repintado en los rojos negruzcos de la carne quemada; en el marrón guitarra de una canción no escrita, en el gris de la camilla dormida y en el verde de las paredes descamadas. Pegoteado en la pared, un dibujo de los tubos del oxígeno, obsequio de Leonel, aquel pobre pibe que se murió ahogado en la Fibrosis Quística. A Enzo le gustaba mirarlo.

- *Enzo, necesitamos dos tubos de oxígeno en el cuarto piso...* - y allá iba Enzo, empujando al aire y al oxígeno, como rey y mensajero de los vientos envasados.

Qué otra cosa puede haber en Hospitales que no sean los rituales del alcohol medicinal, o que algunos se la pasen buscando identidades entre rostros y entre sangres, y otros más,

revelando soledades y silencios. Caída profunda en el vacío, mientras uno se atrincheró en su interior, y monta guardia en la frágil persona de la que somos soberanos.

Hospital. Hay un río del tiempo en movimiento, que marcha hacia el fondo de un mar muy turbulento, mientras cada uno se pregunta en que estarán pensando los demás. Quizás la respuesta este en esa soledad y en ese vacío en el que uno mismo se encuentra navegando, mientras se dejan llevar por el largo y sereno lago de las aguas azules, al que los prosaicos de siempre le llaman rutina..

La oscura presencia de la carne en nuestro cuerpo, que cada tanto explota en gestos voluptuosos, inunda en densas realidades, al arabesco simple de la inteligencia que intenta sojuzgarla.

- *El hospital se hunde en una ciénaga de esperma y de basura, mientras se llena de enamorados eunucos, y mientras el amor por las palabras nos hunde en el silencio*
- lo escuché decir a Enzo con tristeza, mientras que todos, menos yo, lo tomaban por loco y por enfermo.

Todo el universo existe en cada uno de sus más pequeños fragmentos, recuerdo que le respondí... Los relojes se llenan de alas y te hacen fluir al tiempo hacia la muerte, mientras el devenir nos ve correr en aventuras sin sentidos. Una tras otra... Una tras otra.

Un hilo de sangre se coaguló marchito al costado de la frente pálida de Enzo. A la monjita le pareció haber escuchado un disparo seco. Es que las viejas paredes descamadas del hospital se habían llenado de cañerías y cañerías, que ahora llevaban el aire y el oxígeno, hasta las mismas camas. Ese avance tecnológico del Oxígeno Central, le había dicho a Enzo que nunca más, nunca más, harían falta oxigenistas. Es que ahora, ¿para qué sirven los transportadores de oxígeno si fueron reemplazados por largas cañerías...?

Y lo peor, fue el memorando escrito en letras negras, escupiendo un "CESANTEADO", sobre un fondo blanco, demasiado blanco...

... Fin...